

El cuerpo que envejece

Escribir sobre el cuerpo, desde mi formación de neurólogo y, sobre todo, desde mi interés particular por la historia de la neurociencia, obliga a revisar la evolución del concepto de sede de la actividad mental a través de los tiempos y –no menos importante– a delinear dos visiones antagónicas que emergieron y que se enfrentan en los más diversos campos del conocimiento, particularmente en la filosofía y en la psicología.

Las dos visiones a las que me refiero son el dualismo, aquí entendido como la existencia de una clara separación mente-cuerpo, y el monismo, que no concibe la posibilidad de división mente-cuerpo y ve ese binomio como uno, constituido por una sola y misma sustancia. Antes de volver a ese punto, que hemos resaltado, vayamos a la historia.

Papiros egipcios fechados en el año 3500 a.C. documentan que para los miembros de aquella civilización nuestra vida mental estaba localizada en el corazón y en el diafragma, sin ninguna mención al cerebro. Alcmeón de Crotona, médico y discípulo de Pitágoras que vivió en el siglo V a.C., registró las primeras impresiones de un esbozo de teoría cerebro-

céntrica, en la que el tejido nervioso sería la sede de nuestras sensaciones. Es imposible no citar a Hipócrates de Cos (460-377 a.C.), que dejó clara su visión:

Los hombres deben saber que de ningún otro lugar sino del cerebro proceden las alegrías, los placeres, la risa y las diversiones, los dolores, penas, tristezas y lamentaciones. Y por eso, de manera especial, adquirimos la sabiduría y el conocimiento, vemos y oímos y sabemos lo que está bien y lo que está mal, lo que es dulce y lo que es amargo. (Hipócrates, trad. en 2001).

Pero el asunto estaba lejos de un consenso. Un poco más adelante, Aristóteles (384-322 a.C.) sostendría, al contrario, que era el corazón el hogar y origen de todas nuestras sensaciones y de todos nuestros pensamientos. Más o menos en la misma época, los filósofos naturalistas griegos comenzaron a difundir la “doctrina de los espíritus”, según la cual todo se origina en el hígado (“espíritu natural”) y pasa por el corazón, los pulmones y, finalmente, el cerebro (ahí llamado “espíritu animal”). Sería, de acuerdo con esa teoría, el espíritu animal la esencia del alma y de la mente.

El mayor refinamiento de la doctrina de los

* Neurólogo.

espíritus fue alcanzado por Galeno de Pérgamo (129-217 d.C.) y reinó por casi un milenio. Para Galeno, el espíritu animal habitaría las cavidades cerebrales (ventrículos), naturalmente rellenas con un líquido claro e hialino, y, a partir de ahí, animaría el tejido cerebral para que funcionara. La visión del espíritu animal como esencia de nuestra actividad mental solo fue derribada muchos siglos después, con la introducción de datos revelados por médicos, científicos y filósofos del mundo islámico. Sin embargo, el punto fundamental que surge con Galeno de Pérgamo, independientemente del equívoco de los ventrículos y no el tejido cerebral como origen del espíritu animal, es que el cerebro pasó a ser visto como la sede de nuestros procesos mentales.

Resuelto y pacificado el problema de la morada de nuestra vida mental, pasamos a priorizar la discusión filosófica entre la corriente dualista, preponderante en nuestra sociedad occidental e identificada con la metafísica y lo trascendental de la vida, y la corriente monista, aún minoritaria e identificada con el materialismo científico. El conocimiento de la existencia del problema dialéctico que se da entre las dos corrientes es importante para la discusión sobre el cuerpo desde el punto de vista cultural y de las perspectivas tecnológicas de interferencia en ese mismo cuerpo.

Datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) dan cuenta de que la población mundial envejece como nunca antes y de que se está invirtiendo la pirámide etaria en muchos países. Se estima hoy que en Brasil hay más de 14 millones de personas con más de 60 años, y se proyecta que habrá, para 2025, más de 32 millones. Si en 1960 el país ocupaba la 16ª posición mundial por la cantidad de población mayor de 60 años, en 2025 alcanzará la sexta posición. Más allá del evidente impacto financiero y previsional, las políticas de salud deberán alinear sus directivas de acuerdo con la nueva demanda.

Desde el punto de vista médico, comenzamos a presenciar la degradación del cuerpo, que antes no era siquiera imaginada, y con ella vimos surgir el fenómeno de la tentación faustiana de la inmortalidad. Las clínicas médicas especializadas en tratamientos estéticos nunca lucraron tanto. El mercado de cosméticos lan-

za, año tras año, una infinidad de productos y procedimientos que venden la promesa de una apariencia siempre joven. Por otro lado, la longevidad deja marcas indeseables –por lo menos para la mayor parte de la población– no solamente en el aspecto inmediatamente apreciable (el estético), sino también en nuestro desempeño cognitivo.

El envejecimiento es comprobadamente el principal y más importante factor de riesgo para desarrollar enfermedades degenerativas cerebrales; la más famosa de ellas es el Alzheimer. Se estima hoy que la prevalencia de personas con cuadros de demencia en la faja etaria de entre 75 y 80 años es del 7,9%; cuando miramos la faja etaria de más de 85 años, la proporción sube a casi el 40%. La mala noticia es que la medicina aún hace poco para minimizar el impacto de la edad en nuestros cerebros. Aunque hay perspectivas razonables de interferencia en nuestro envejecimiento cerebral patológico, aún son distantes. Así, vivimos el dilema más que actual del cuerpo insatisfecho y, al mismo tiempo, incapaz de resolver el problema del deterioro cognitivo inexorable.

La manera de reducir el impacto de ese dilema en nuestro psiquismo es una pregunta sin respuesta única y que deberá tener en cuenta las creencias y valores de cada individuo. Durkheim (1968, p. 386) escribió que “es necesario un factor de individualización para distinguir un sujeto de otro, y es el cuerpo el que desempeña ese papel”. Me arriesgo aquí a sugerir que la cultura puede ser un factor atenuante del impacto negativo de nuestras arrugas y de las fallas cognitivas que invariablemente ocurrirán en todos los que alcancen edades cada vez mayores. La cultura puede ser entendida de dos maneras: el proceso de acumulación de conocimiento individual que se da a lo largo de la vida y –por qué no– como un proyecto de vida; y los valores de la sociedad en la cual el individuo está inserto y, de modo más importante, cómo esa sociedad ve y acoge la vejez. Aquí retomo el punto de conflicto entre las vertientes dualista y monista. Para los dualistas, la vida mental, muchas veces entendida como *alma*, será restaurada en una etapa posterior a la muerte del cuerpo físico; para los monistas, se cierra cualquier posibilidad reflexiva y de restauración del cuerpo junto al último suspiro.



La discusión entre los dualistas y los monistas aún tropieza con la inexistencia de una definición plena de lo que es la consciencia. Hay debates acalorados entre las dos corrientes y hasta muchas discordancias dentro de grupos que defienden una misma visión general. Si dejáramos de lado los muchos matices de monistas y dualistas y nos basáramos solo en los dos extremos de cada corriente, tendríamos dualistas convencidos de la inmaterialidad de la mente y de las funciones mentales como con-

secuencia de un “cerebro animado”, o sea, “cerebro con alma”, y monistas que reducen todos nuestros procesos mentales a correlatos neurofisiológicos y, por lo tanto, a la propia materia.

Una vez que la discusión entre visiones tan antagónicas entre sí está lejos de cualquier resolución (y si los motivos aquí expuestos para tan grande desentendimiento están claros y se intuyen irreconciliables), me gustaría abordar el tema de lo que llamaré el cuerpo eternizado. La revolución tecnológica que estamos

presenciando y sus éxitos, que parecen no tener fin, trajeron consigo el deseo de eternización de la vida. Avances genéticos, nanotecnología, inteligencia artificial y biotecnología (más allá de todos los otros campos ligados a cada una de esas grandes áreas) prometen la denominada singularidad tecnológica. De acuerdo con esa teoría, en poco tiempo la inteligencia humana será superada por la inteligencia artificial, lo que resultará en una revolución absolutamente imprevisible en sus consecuencias en la naturaleza y en la civilización humana.

Desde el punto de vista práctico, la medicina ya trabaja con la interfaz cerebro-máquina y está cada vez más cerca de, por ejemplo, restaurar los movimientos en lesionados medulares parapléjicos o posibilitar la comunicación en individuos con enfermedades degenerativas que afectan todos los movimientos (inclusive el habla) pero que preservan las habilidades intelectuales (la enfermedad más famosa en que eso ocurre es la esclerosis lateral amiotrófica, o simplemente ELA, cuya víctima más ilustre es el físico inglés Stephen Hawking). Por otro lado, si se enfoca otro tipo de interfaz sin finalidad terapéutica, está clara la dependencia que creamos hacia los llamados *smartphones*, que se volvieron extensiones casi naturales de nuestro cuerpo. El más famoso y utilizado sitio de búsqueda en internet, Google, hoy se convirtió en una verdadera prótesis de la memoria.

Ray Kurzweil es un entusiasta defensor de la singularidad tecnológica y apunta a 2029 como el año en que alcanzaremos un grado nunca antes imaginado de interacción entre hombre y máquina. El científico, hoy con 68 años, ya grabó un video (disponible en internet) en el que dice consumir 250 pastillas al día con el objetivo de alcanzar la mayor longevidad posible al punto de disfrutar de la singularidad rumbo a la eternidad. Frente a ese escenario, las implicaciones éticas y morales que se argumentan aún no son totalmente claras. Según el filósofo y profesor estadounidense Michael J. Sandel (2013), “cuando la ciencia avanza más deprisa que la comprensión moral, como sucede hoy, hombres y mujeres luchan para articular su malestar”.

Dejemos de lado la futurística y aterradorra previsión de la singularidad tecnológica. La eternización del cuerpo, lejos de la simple

momificación practicada por la nobleza egipcia antigua, hoy está intrínsecamente ligada a la tecnología. Ya es posible, a partir de los datos registrados en SMS, WhatsApp, *e-mails* y redes sociales (Facebook, por ejemplo), recrear diálogos y respuestas que serían esperadas para un determinado individuo incluso si él estuviera muerto. Así, a partir de un avatar digital (o tal vez, en poco tiempo, un clon), sería posible telefonar o conectarse y continuar conversando con un “muerto” de manera bastante real, todo solo con un algoritmo inteligente y los datos de la vida digital de aquella persona almacenados en la nube.

El advenimiento de la tecnología está en camino de provocar una profunda resignificación del cuerpo. Si el deseo de la longevidad extrema se cumple, nos resta la incógnita de saber a qué se parecerá ese cuerpo mucho más que centenario: ¿seremos todos cíborgs? ¿El envejecimiento no llegará más con todo el precio que el cuerpo usualmente paga? ¿Dolores musculares y articulares, deformaciones en la columna vertebral, pérdida de altura, disminución de la visión y de la audición (más allá de la ya comentada pérdida cognitiva) no estarán más en nuestro repertorio corporal asociado al paso de los años? ¿Tendrán los días contados las palabras ácidas del poeta Giacomo Leopardi?:

Deberíamos temer más a la vejez que a la muerte, porque la muerte suprime todos los males que nos afligen, así como el deseo o la consciencia de bienes y placeres de los que ya no podemos gozar; la vejez, en cambio, se lleva los placeres pero deja intacto el apetito insatisfecho por ellos, además de aportar dolores y humillaciones nuevas. (Leopardi, como se citó en Savater, 2007).

¿Quedará desactualizado el personaje del novelista Philip Roth (2006) al proferir la frase “la vejez no es una batalla; la vejez es una masacre”?

Y aún resta la cuestión de la resignificación del propio “sentido de la vida”, puesto que es la certeza de la muerte dentro un plazo más o menos cierto lo que nos mueve y lo que orienta nuestro proyecto de vida. Una vez que la expectativa de vida sea dilatada, ¿cuáles serán los estímulos para mantener el actual ritmo de vida? ¿Quién pagará el costo económico y social de ese cambio?

Vuelvo, entonces, a poetas y filósofos que, sin llegar a conclusiones, nos ayudan a reflexionar.

Jorge Luis Borges, al decir que no somos eternos pero sí infinitos, deja claro que las múltiples posibilidades hermenéuticas que nos son dadas por la asimilación de la cultura pueden ser el secreto de superación de nuestra inmortalidad frustrada. Esa idea también está en el pensamiento de Albert Camus (1942/1981), que se inspira en el poeta griego Píndaro citado en el prefacio de su libro *El mito de Sísifo*: “Oh, mi alma, no aspira a la vida inmortal, pero agota todo lo que es posible”.

Por otro lado, el confort metafísico es dependiente de la creencia de cada individuo. Para Santo Tomás de Aquino (trad. en 2015), “para creer, basta tener fe”.

De mi parte, concluyo con las palabras de Carlos Drummond de Andrade (1951/2006), que, aún admirado con la belleza de la iglesia barroca de San Francisco de Asís en Ouro Preto, escribió como último verso: “Perdón, Señor, por no amarte”.

Referencias

- Aquino, T. de. (2015). *Suma contra os gentios* (Vol. 1). San Pablo: Loyola.
- Camus, A. (1981). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1942)
- Drummond de Andrade, C. (2006). *Claro enigma*. Lisboa: Cotovia. (Trabajo original publicado en 1951)
- Durkheim, E. (1968). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. París: PUF.
- Hipócrates. (2001). Sobre la enfermedad sagrada. En Hipócrates, *Tratados hipocráticos* (Vol. 1). Madrid: Gredos.
- Roth, P. (2006). *Elegía*. Barcelona: Mondadori.
- Sandel, M. (2013). *Contra a perfeição. Ética na era da engenharia genética*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Savater, F. (2007). *La vida eterna*. Barcelona: Ariel.